

EL COMPÁS DE LAS HORQUILLAS



Que la Semana Santa de Medina de Rioseco, tiene un valor histórico, artístico y por supuesto religioso, es algo que nadie pone en duda. Cada vez más, este tipo de manifestaciones populares tiene un mayor atractivo para el viajero. Con el pretexto de pasar unos días de vacaciones en algún lugar de nuestra geografía, muchas personas hacen coincidir el destino elegido con una localidad en que su Semana Santa sea, cuanto menos diferente. Aquí es donde me gustaría hacer una pequeña reflexión: en el motivo o motivos, que inducen al turista a elegir uno u otro sitio para disfrutar de sus vacaciones de Pascua.

Nuestra Semana Santa es distinta. Es la misma que todas las semanas santas, pero es diferente a todas y cada una de ellas. Es igual, porque se escenifica la pasión y muerte de Cristo. Y es distinta, por su puesta en

escena, por cómo se vive y se representa.

El cuadro artístico es enorme y los personajes los de siempre, a pesar de que cada equis años, un actor dé paso a otro, y curiosamente suela tener un enorme parecido y casi idéntica forma de mirar, andar o recogerse la careta. La escenografía tampoco varía sustancialmente, a pesar de que a los nuevos directores les guste marcar su pauta y no siempre sea del agrado del respetable. Luego está el ambiente, eso que es tan difícil definir y que sin embargo, nos caracteriza de un modo singular. Es ese olor en las calles a rosquillas de palo y anís amable, a cera de farol y terciopelo añejo. Parece incluso que las campanas cambian de voz, convirtiéndose en la música idónea para un tiempo mágico. Quizá sea eso, pura magia. Magia que se desprecia por las calles y



EL COMPÁS DE LAS HORQUILLAS

que se apodera de la gente, del cofrade, de la madre, del riosecano. Magia que nos hace verlo todo como siempre, que detiene el tiempo, que nos llena, que nos enorgullece de una manera casi fanática de lo que somos, de lo que fuimos y de lo que sin duda, seguiremos siendo.

Todo eso y mucho más es la Semana Santa en Rioseco. Todo eso y mucho más, es lo que atrapa al viajero, al turista que sin saber a veces muy bien por qué, de pronto se encuentra un Viernes Santo en el Corro de Santa María aturcido, entre una multitud de personas enfermas de pasión, que espera con ansiedad la salida de los pasos. Y después, en los soportales, mientras bailan el paso, el turista escucha a la mujer que tiene al lado, comentar con la voz entrecortada por una mezcla de orgullo y emoción: «¡mira, ese del centro es mi hijo, que lleva la cadena!». Y el forastero no entiende lo que pasa, pero nota que algo le golpea y le conmueve al oír a esa madre, mientras el paso cruza ante él al compás de las horquillas y sigue la estela de la procesión Rúa abajo, tras el golpe seco de la cadena.

Este es el otro patrimonio, el que no aparece escrito en ningún acta, pero que pone un sello de identidad propia y que marca de una forma enérgica, vital y categórica nuestra Semana Santa.

PILAR PÉREZ SALÁN

